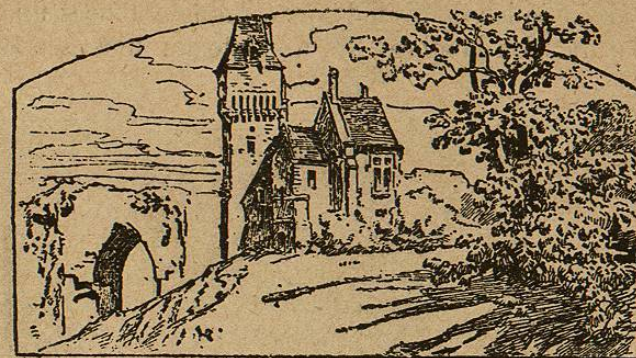


rac, una cuestación hecha entre varios soldados y que arroja una suma enorme, relativamente á las facultades de estas pobres gentes ¡ciento veinte francos! *para una viuda de la Bastilla*. En San Juan de Gard la ceremonia acabó por una reconciliación solemne de todos los que estaban enemistados. En Sons-le-Saulnier se dice: «¡A todos los hombres, á nuestros enemigos mismos, juramos amar y defender!»



CAPITULO XII

De la religión nueva.—Federación general (14 Julio de 1790)

Admiración y enternecimiento de todas las naciones ante el espectáculo de la Francia.—Gran federación de Lyon (30 de Mayo del 90) — La Francia pide una federación general (Junio).—El canto de los federados.—París les prepara el Campo de Marte —La Asamblea decreta la abolición de la nobleza hereditaria (19 de Junio del 90) —Ha abolido ya el principio cristiano de la herencia del crimen.—Recibe á los diputados del género humano.—Federación de los reyes contra la de los pueblos.—Federación general de la Francia en París (1.º de Julio del 90). —Valor de la Francia á un tiempo pacífica y guerrera.

Esta fe, este candor, este inmenso arranque de concordia, al cabo de un siglo de disputas, fué para todas las naciones objeto de una gran admiración, de un estupor prodigioso. Todos quedaron mudos y enternecidos.

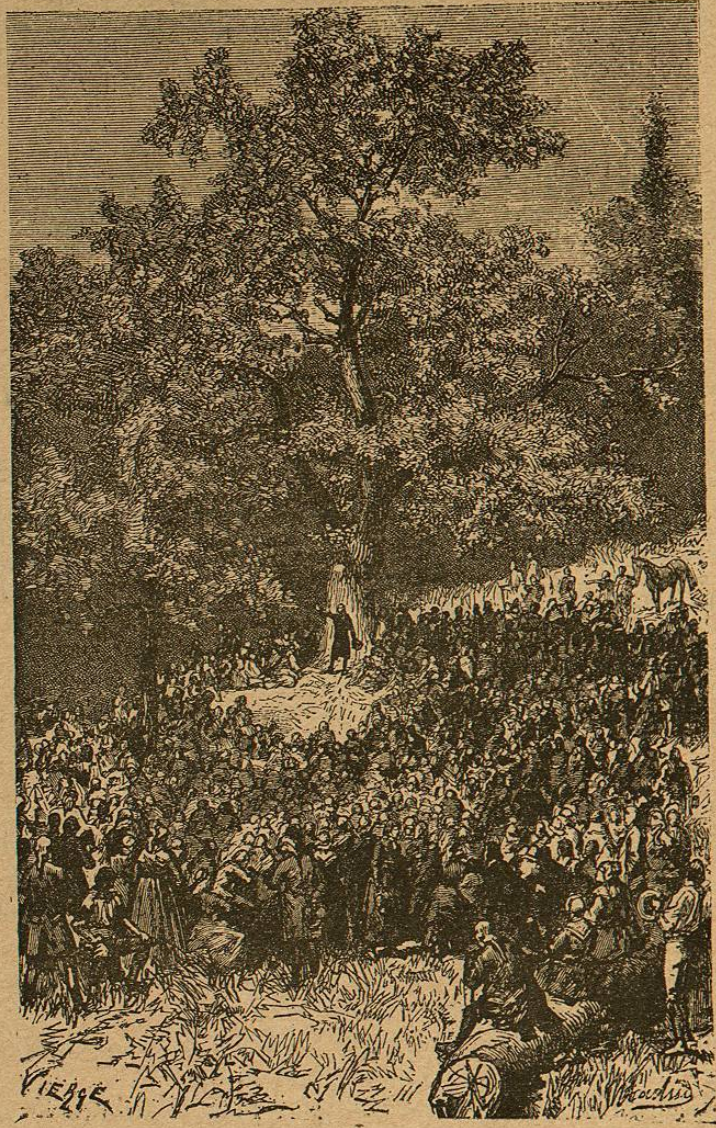
Muchas de nuestras federaciones habían imaginado un símbolo conmovedor de unión, celebrar enlaces ante el altar de la patria. La federación misma, este matrimonio de la Francia, parecía un símbolo profético del futuro matrimonio de los pueblos, del himeneo general del mundo.

Otro signo, y no menos profundo en su significación, que apareció también en estas fiestas. Se puso á veces sobre el altar un niño pequeño, al que todos adoptaban, y que dotado con los regalos, los votos y las lágrimas de todos, venía á ser de cada uno.

La Francia es el niño sobre el altar y toda la tierra á su derredor. Hija común de las naciones, en ella todas se sienten unidas, todas se asocian de corazón á sus destinos futuros, rodeándola de inquietudes y de temor y esperanza... No hay una entre ellas que los vea sin llorar. ¡Cómo lloraba la Italia! (¡Ah, hermanos, acordáos de este día!) Toda nación oprimida, olvidando su esclavitud ante el espectáculo de esta joven libertad, le decía: «Yo soy libre en tí.»

La Alemania, ante este milagro, no podía sostener ya el papel de ironía escéptica, y se sorprendía ella misma de caer también en la fe.

En el fondo de los mares del Norte había entonces una poderosa y valiente criatura. ¿Un hombre? No, un sistema, una escolástica vivien-



Los campos donde generalmente se celebraban estas fiestas. . (Pág. 395)

te, erizada, dura, una roca, un escollo tallado con puntas de diamante en el granito del Báltico. Toda religión, toda filosofía que había tocado en ella se había estrellado. Y ella inmutable. Ninguna relación con el mundo exterior. Se llamaba á esta criatura Manuel Kant: él se llamaba

el *Crítico*. Durante sesenta años, este ser completamente abstraído, sin relación humana alguna, salía justamente á la misma hora, y sin hablar con nadie daba durante número marcado de minutos precisamente la misma vuelta, como vemos en los antiguos relojes públicos de las ciudades salir el hombre de hierro, dar la hora en la campana y después entrar de nuevo. ¡Cosa extraña! Los habitantes de Königs'berg vieron (esto fué para ellos un presagio de los más grandes acontecimientos) á este planeta desviarse de su órbita... Le siguieron, le vieron ir hacia el Oeste, hacia el camino por donde venía el correo de Francia.

¡Oh humanidad! Ver á Kant emocionarse, inquietarse, marchar por los caminos como una mujer, buscar las noticias ¿no era esto un cambio sorprendente, prodigioso? Pues bien, no, no había ningún cambio en esto. Este gran espíritu sabía su camino. Lo que él había buscado hasta entonces en vano en la ciencia, *la unidad espiritual*, observaba que se hacía por sí mismo, por el corazón y por el instinto.

Sin otra dirección, el mundo parecía acercarse á esta unidad, al fin verdadero que espera siempre. «¡Ah, si yo fuera uno!, dice el mundo, ¡si yo pudiera al fin unir mis miembros dispersos, aproximar las naciones!» «¡Ah, si yo fuera uno!, dice el hombre, ¡si yo pudiera dejar de ser el hombre múltiple que soy, unir mis potencias divididas, establecer la concordia en mí mismo!» Este deseo, siempre impotente, no sólo del mundo, sino del alma humana, un pueblo parecía haberlo realizado en esta hora rápida; representar la comedia divina de unión y de concordia que jamás habíamos soñado.

¿Os figuráis, pues, á todos los pueblos que de pensamiento, de corazón, de mirada y de atención se lanzan todos hacia la Francia? Y en la Francia misma, ved todos estos caminos llenos de hombres, de viajeros en marcha, que desde las extremidades se dirigen hacia el centro. La unión gravita hacia la unidad.

Hemos visto formarse las uniones, reunirse los grupos entre sí, y unidos buscar una centralización común; cada una de las pequeñas Francias ha tendido hacia su París, lo ha buscado prontamente cerca de sí. Una gran parte de la Francia creyó por un momento encontrarle en Lyon (30 de Mayo). Esta fué una prodigiosa reunión de hombres tal, que no necesitaba menos que las grandes llanuras del Rhône.

Todo el Este, todo el Mediodía habían enviado representantes; sólo los diputados de la guardia nacional eran cincuenta mil hombres. Habían andado cien leguas para venir. Los diputados de Sarretonis daban la mano á los de Marsella. Los de la Córcega hubieran querido apresurarse y llegar antes; no pudieron llegar hasta el día siguiente.

Pero no era Lyon el que podía casar á la Francia. Era necesario París.

Gran susto el de los políticos de una y otra parte.

Estas masas indisciplinadas, llevadas á París al centro de la agitación, ¿no eran el peligro de una mezcla espantable del pillaje y el ase-

sinato? ¿Qué sería del rey? He aquí lo que los realistas se decían con temor.

¡El rey!, decían los jacobinos, el rey va á hacer la conquista de todo el pueblo crédulo; se apoderará de las provincias: esta peligrosa reunión va á matar el espíritu público, á adormecer las desconfianzas, á despertar las antiguas idolatrías... Va á hacer realista á toda la Francia. Pero ni los unos ni los otros podían nada en esto.

Era necesario que el alcalde, la municipalidad de París arrastrados, forzados por el ejemplo y las súplicas de las otras ciudades viniesen á pedir á la Asamblea una federación general. Era necesario que la Asamblea, de buena ó de mala gana, lo acordase. Se hace lo que se puede, al menos para reducir el número de los que querían venir. La cosa fué decidida demasiado tarde, de suerte que los que venían á pie desde los extremos del reino, no tenían medio de llegar á tiempo. El gasto fué cargado á la cuenta de las localidades, obstáculo quizás insuperable para las comarcas más pobres.

¿Pero en un movimiento tan grande no habría obstáculos? Se calculó como se pudo; como se pudo se vistió á aquellos que hacían el viaje; muchos vinieron sin uniforme. La hospitalidad fué inmensa, admirable, sobre todo en el camino: se detenía, se disputaba el socorrer á los peregrinos de la gran fiesta. Se les obligaba á hacer alto, alojarse, comer, ó al menos beber en el camino. Nada de extraño, nada de desconocido, todos hermanos. Guardias nacionales, soldados, marinos, todos iban unidos.

Estas bandas que atravesaban los pueblos ofrecían un espectáculo admirable. Los más antiguos del ejército y de la marina eran los llamados á París. Pobres soldados fatigados por la guerra de los siete años, subtenientes con cabellos blancos, bravos oficiales de fortuna que habían agujereado el granito con sus frentes, viejos pilotos curtidos por el mar, todas estas buenas gentes del antiguo régimen habían querido también venir. Era su día, era su fiesta.

Se vió en 14 de Julio marinos de ochenta años que andaban durante doce horas seguidas; habían vuelto á hallar sus antiguas fuerzas; cercanos á la muerte, se sentían participantes de la juventud de la Francia y de la eternidad de la patria.

Y atravesando á bandadas los pueblos y caseríos cantaban con todas sus fuerzas, con una alegría heroica, un canto que los habitantes repetían desde las puertas de sus casas. Este canto nacional entre todos, rimado con pesadez, fuertemente, siempre sobre las mismas rimas (como los mandamientos de Dios y de la Iglesia), marcaba admirablemente el paso del viajero que abrevía el camino, el progreso del trabajador que ve avanzar su obra. Ha seguido fielmente la marcha de la Revolución apresurando el compás según este viajero terrible se precipitaba. Abreviado, concentrado en un círculo de furor y de vértigo, este canto llegó á ser el matador, el Cairá del 93.

Este del 90 tuvo otro carácter.

Para el viajero que desde los Pirineos ó desde el fondo de la Bretaña venía lentamente á París bajo el sol de Julio, este canto fué un viático, un sostén, como las *prosas* que cantaban los peregrinos que edificaron revolucionariamente en la Edad Media las catedrales de Chartres y de Strasburgo. El parisién lo cantaba con una medida apresurada, con una vivacidad violenta, mientras preparaba el campo de la federación en el Campo de Marte. Perfectamente plano entonces, se quería darle la bella y grandiosa forma que hoy tiene. La villa de París había destinado á esta tarea algunos millares de obreros holgazanes á los que un trabajo semejante habría costado años. Esta mala voluntad fué comprendida. Toda la población se puso á trabajar. Fué un espectáculo encantador. De día, de noche, hombres de todas clases y de todas edades, hasta niños, todos, ciudadanos, soldados, clérigos, monjes, actores, hermanas de la caridad, bellas damas, vendedoras, todos manejaban la piqueta y hacían rodar el carretón ó conducían los carros. Los niños iban delante llevando las luces; músicos ambulantes animaban á los trabajadores; ellos mismos, al nivelar la tierra, cantaban esta canción niveladora:

*¡Ah, ça ira, ça ira, ça ira;
Al que está arriba
Ya se le abatirá!*

El canto, la labor de los obreros, todo era una misma cosa: la igualdad de la acción. Los más ricos y los más pobres, todos unidos en el trabajo. Los pobres, hay que decirlo, llevaban la delantera. Después de la jornada, una jornada terrible y larga de Julio, era cuando el aguador, el carpintero, el albañil del puente de Luis XVI que entonces se construía, iban á cavar en el campo de Marte.

En este momento de agitación los trabajadores no dejaron de acudir. Estos hombres cansados, despojados, venían por descanso á trabajar aún, sosteniendo las luces.

Este trabajo verdaderamente inmenso que de un plano hace un valle entre dos colinas, fué hecho ¿quién lo creería? ¡en una semana! Comenzado precisamente en 7 de Julio, concluyó el 14.

La acción fué realizada de todo corazón como una lucha sagrada. La autoridad esperaba por su lentitud calculada entorpecer, impedir la fiesta de la unión; parecía imposible, pero la Francia quiso y fué hecha.

Estos héroes, estos huéspedes deseados, llenaban ya á París. Los hospederos y dueños de casas amuebladas redujeron y fijaron ellos mismos el precio módico que recibían de esta multitud de forasteros. No se dejó á la mayor parte ir al albergue. Los parisienses, alojados como es sabido, harto estrechamente, se estrecharon más más y encontraron el medio de recibir á los federados.

Cuando llegaron los bretones, estos veteranos de la libertad, los vencedores de la Bastilla fueron á su encuentro hasta Versalles, hasta